

El gran Alexandros Dalflavel.

Blue Dream



Image not found.

Capítulo 1

Por regla general, toda historia fantástica tiene por origen un bello, terrible, caótico o pintoresco encuentro entre dos partes que abrán de desempeñar la prodigiosa labor de ser "discípulo y maestro", "protector y defendido", "héroe y villano"; entre muchas otras más, que seducen al hombre y lo llevan a adentrarse en la serie de proezas que han de desencadenarse a causa de este magnífico génesis, pero, destacando como las más sublimes, para el joven Alexandros, aquellas que narran una postura divergente que viola este precepto, donde las partes mantienen un rol cambiante, mutable e imperfecto, carente de la idoneidad atribuída por la literatura misma, pues éstas se asemejan a la realidad perceptible del joven, y no a lo que él hubiese deseado que fuera enteramente cierta.

Después de todo, ¿Acaso no había sido así con su amada madre? ¡Aquella que pasó de ser su persona más querida, a un mero personaje ambiental!

Me explicaré a detalle el cómo ocurrió esto:

Una joven criatura, de apenas dos años de edad, parecida a un pequeño roedor, cuyo color de ojos, pasaba de ser de una iris roja a una negra (que, incluso profanaba su córnea) en cuanto se veía amenazada, además de poseer una gruesa y peluda cola de unos quince centímetros de largo y de una tonalidad grisácea, que parecía tener una delgada capa de moho encima, la cual se extendía a lo largo de su cuerpo, exceptuando en la parte de su estómago, donde era mayoritariamente blanca, como los extraños destellos que, ocasionalmente se manifestaban en su cuerpo cuando se estaba cicatrizando alguna herida; fue abandonada repentinamente por su progenitora, al acercarse un imponente reptil que huía despavorido de una gran tormenta grisácea que se acercaba velozmente al lugar donde ellos se encontraban.

Naturalmente, el pequeño roedor, al notar este fenómeno, salió huyendo, sin recordar en algún momento la existencia de aquella hembra que le había dado vida (pues era más importante, en ese corto instante, el sobrevivir) y, por lo que parecía ser una eternidad, todo iba bastante bien, cuando de pronto, una extraña sombra que parecía ser una media luna se posó por encima de él por unos segundos, alarmando a la pequeña criatura y orillándola a sentir la necesidad de correr con todas sus fuerzas para escapar de ella, objetivo, que nunca cumplió, pues ese extraño objeto cayó sobre la mitad de su cuerpo, dejándolo totalmente destruído, incluyendo todos los órganos que se resguardan a lo largo y ancho de esta zona.

Y, creo que aquí es donde asumimos que se muere nuestro estimado roedor, suposición bien fundamentada, pero errónea, pues, aún después

de sufrir la destrucción del 50% de su torso y extremidades (por ende, faltándole la mitad de su cuerpo) y, perdiendo sangre con cada movimiento que hacía con sus (ahora únicas) dos manos, ese pequeño roedor siguió avanzando, mientras miraba el horizonte, ya no con los ojos de una bestia irracional, pues había comenzando a cuestionarse algo esencial para el ser racional (pero innecesario para un individuo que se rige por el mero instinto) y eso, fue la primer interrogante que se presentó de forma innata en un ser intelectual, demarcada por tan sólo dos palabras:

"¿Por qué?"

Sintiendo cómo todos sus sentidos se encendían a causa de la adrenalina, y percibiendo de nueva cuenta, su cuerpo rodeado por aquel extraño humo negro, mientras movía con mayor dificultad sus dos manos, el pequeño roedor dió un efímero gruñido y se detuvo para esperar a que "la mancha gris" lo absorbiera en su interior, tal como lo había hecho ya varias veces con sus predadores, dedicándole una macabra sonrisa, acompañada de una mirada de desafío, a la vez que le daba tiempo a la "luz blanca" de que empezara a sanar sus heridas, y al "humo negro" de que rodeara todo su ser, el cual, tan sólo por una milésima de segundo, logró finalizar la labor antes del impacto.

Aunque la ciencia en el futuro cometa el terrible error de aseverar lo contrario, este fue el primer momento en el que, en todo Onobrac, de forma consciente, un mamífero hizo uso de lo que luego sería llamado "Chi" (refiriéndose a la extraña luz) y "energía fantasma" (el cual, es el concepto que engloba al "humo negro").

En ese mismo instante, el pequeño roedor gritó exasperado a causa del dolor que sentía por culpa de las quemaduras que estaba sufriendo en sus patas y por el escosor que le causaba ese "eco metálico disonante", que era generado cuando unas extrañas partículas de polvo grisáceo, acompañadas por unas piedrecitas, chocaban contra "el humo negro".

Una vez que se acostumbró a esas nefastas sensaciones, se dedicó a hacer que "el humo negro" purificara el aire que él respiraba y le protegiera aún más los pies y el cuerpo de las quemaduras que le estaba generando el piso, mientras una luz blanquesina recorría su cuerpo, la cual, además de causarle un hormigueo indescriptiblemente incómodo, parecía restaurar las partes de su malherido ser, incluso las que había perdido a causa de esta extraña "media luna", mientras terminaba de pasar "la mancha gris" por encima de él.

Justa cuando estuvo a punto de caer inconsciente y resignarse a su destino, ya una vez extinguida "la luz blanca" y habiendo recuperado la totalidad de su cuerpo, como por obra divina, la "mancha gris" finalmente

llegó a su final, dejando un sendero decrepito y carente de rasgos de vida, lo cual, poco le importó al inconsciente roedor.

Capítulo 2

"Primus Gradus"

Sintiendo un profundo escozor en la garganta y una gran dificultad para mantener sus párpados abiertos, el pequeño roedor se despertó y comenzó a moverse con pesadumbre (a causa del terrible dolor muscular que sufría en todo su cuerpo), buscando algo para aliviar esa horrible sensación, mientras observaba los aberrantes patrones negros, recubiertos ocasionalmente, por manchas grises en forma de espiral (cuyo aspecto inusual, llamaba la atención del mamífero, al grado de que a veces se detenía para observarlos bien y "suponer" su origen (como lo haría un "animal inteligente"), considerando como lo "más razonable" que fueran creaciones de "la mancha gris", la cual, en la mente del pequeño animal, empezaba a adoptar una forma "simbólica" semejante al concepto de "Dios"), acción que le ayudaba a olvidar (al menos por un breve periodo de tiempo) que se estaba muriendo por beber y comer algo.

Pasó un largo rato sin que tuviera éxito y sin que avistara a algún otro ser vivo o algún cuerpo de agua, hasta que finalmente encontró un líquido negruzco con pigmentos grisáceos (que parecían moverse por voluntad propia, siempre teniendo una forma en zigzag o lineal), el cual fluía por el lugar donde antes había un hermoso río de agua cristalina que había avistado hace unos días.

Previendo su muerte y sin pensarlo mucho, se abalanzó tras invocar "el humo negro" y hacer que rodeara su boca, sintiendo el cómo, sin previo aviso, una pequeña detonación ocurrió en su ahora inexistente quijada, lo cual causó que, mientras se retorció por el dolor, optara por usar "el destello blanco" para restaurarla, proceso que le tomó el equivalente a unos cinco infernales minutos, en los cuáles sólo se podía escuchar el siseo ahogado que surgía de los gemidos adoloridos que emanaban de su boca y el roce indolente del viento, que viajaba por ese moribundo y grotesco lugar, además de un extraño sonido proveniente del agua, que era acompañado por el movimiento serpenteante de los pigmentos grises.

Una vez ya sanado y furibundo con ese extraño "río negruzco", hizo que el "humo negro" rozara su superficie (tras alejarse de él un par de metros), causando de nueva cuenta una detonación de fuego que crecía a un paso alarmante en tamaño e intensidad, hasta que "hizo que volviera a su cuerpo" el "humo negro", acto que generó la extinción casi inmediata de esa llama y su suplantación por una estela de humareda grisácea, suceso que sorprendió al animal, el cual, fascinado por su descubrimiento, procedió a realizar la misma acción en dos ocasiones más para confirmar si el culpable de eso era "el contacto" entre "el río negruzco" y "el humo negro", concluyendo al final que, definitivamente debía evitar utilizarlo

cuando tomara ese líquido, procediendo a invocar "el destello blanco" en su estómago, gargante y mandíbula, mientras se acercaba para ingerir ese extraño fluído, el cual, por razones desconocidas para el animal, no sabía a nada, tal como "el agua cristalina", e irónicamente, pese a su amenazador color, parecía estar ayudándole a su cuerpo a recuperarse de la fatiga.

Pasaron unos minutos, hasta que finalmente sintió que ese terrible escozor en la gargante desapareció y fue suplantado por un estremecedor alivio, cuando de pronto, uno de esos extraños pigmentos grisáceos se acercó al lugar donde se encontraba el roedor segundos antes de que apartara su boca del agua, saltando casi inmediatamente a su cara y adoptando la forma de una extraña serpiente gris, a la cual, sin pensarlo dos veces, el roedor hizo que el "humo negro" le rodeara la cabeza, causando una pequeña explosión que le desintegró esa parte de su cuerpo, al igual que de su rostro, incluyéndole la nariz y los ojos, los cuales, quedaron calcinados.

Inmediatamente usó "el destello blanco" para sanarse, al mismo tiempo que retrocedía, hasta que empezó a sentir cómo un objeto filóso se clavaba en sus patas delanteras y le "inyectaba" algo extraño, que aparentemente causaba que su cuerpo se volviera cada vez más pesado y su capacidad para curarse con el "destello blanco" se degradara.

Desesperado a causa de su incapacidad visual, su inhabilidad de respirar (debido a la destrucción de su nariz), la reciente fatiga que se apoderaba de su cuerpo, el constante dolor punzante que sentía en sus patas y (recientemente) en su cuello, además de su inhabilidad de aullar por culpa de esa terrible sensación; y sentir el cómo algo trataba de ingerirlo, el pequeño roedor recurrió a rodear su cuerpo con el humo negro y trató de "moldearlo", recordando la forma y la horrible sensación que le dejó "la detonación de fuego", apartando una pequeña capa, a la cual moldeó de la misma forma que lo hacía cuando se enfrentaba a un predador, logrando, después de un breve momento, perder esa horrible sensación de aprehensión que se posee al ser devorado vivo, mientras retrocedía tan rápido como se lo permitía su cuerpo, extinguiendo esa "llama imaginaria" en su mente, a la vez que le ordenaba al "humo negro" desaparecer, centrándose en eliminar esa "sustancia" que le inyectaron usando el "destello blanco", mientras sanaba las partes esenciales de su cuerpo (especialmente todas las que usaba para respirar) que habían sido dañadas, terminando de hacerlo en cuestión de segundos, sintiéndose, al final, incluso más cansado que cuando se enfrentó a "la mancha gris" y aún más sediento y hambriento que cuando se levantó, motivo por el cual e ignorando sus sentidos de alarma, se acercó al "río negruzco" un poco y esperó a que los "pigmentos grises" se "volvieran" serpientes, formando de antemano una especie de barrera con el "humo negro", y, en cuanto las vio que penetraban su frágil escudo, volvió a convertir el "humo negro" en "una llama de fuego", que rodeó las cabezas de las reptiles y las

calcinó, dejando tan sólo unos cuerpos de un metro y medio que no paraban de retorcerse, de los cuales, eligió uno y le brincó encima para comérselo desesperadamente, sin importarle el horrible sabor que le dejaba en la boca, o su diabólica lucha por tragárselo mientras serpenteaba, acto que duró hasta que le dio el último vocado y procedió a ingerir a los ya inertes cuerpos restantes, para luego beber del "líquido negruzco" despreocupadamente y prodecer a apartarse un par de metros, para descansar por unas cuantas horas, mientras hacía que el "destello blanco" terminara de sanar sus heridas.

Capítulo 3

"Secundi Gradus".

Una vez despierto, el pequeño roedor se dedicó a caminar por las cercanías del "río negruzco" a una distancia prudente, usando ocasionalmente el "humo negro" a las cercanías de él para corroborar el qué hacían las serpientes cuando lo convocaba, notando que reaccionaban agresivamente a su presencia, brincando extaciados hacia él, sin tomar precaución alguna y, en consecuencia, muriendo por calcinación.

Resultado que, en vez de proporcionarle alguna información útil, no hacía más que aumentar sus cuestionamientos con relación al comportamiento de las serpientes y el "humo negro", siendo los cuatro principales el si:

- 1.- ¿El acto suicida que realizaban era "racional" o consistía netamente en una "reacción sensorial"?
- 2.- ¿Porqué se "prendían en llamas" sus cabezas cuando entraban en contacto con el "humo negro"?
- 3.- ¿Porqué la "capa" que utilizó cuando estaba siendo devorado anteriormente no se prendió en llamas?
- 4.- ¿Los reptiles observan algo que él no?

Preguntas que no podría responder si no realizaba más "experimentos"; motivo por el cual, se decidió a invertir buena parte de su vida en desarrollar ese seductor proceso creador de "conocimiento" que estaba ejerciendo, para saciar esa sensación inherente que empezaba a acrecentarse en su ser: la curiosidad.

Si buscamos un equivalente al tiempo que invirtió inconscientemente el pequeño roedor en entender las reacciones netamente de la serpiente y del "río negruzco", ignorando o desestimando el utilizado para analizar las interrelaciones entre especies que encontraba, como la relación "simbiótica" que parecía existir entre "el ofibio" y una especie de "pez gigante de pigmentación blanquesina y patrones irregulares de manchas negras; con una protuberancia craneal de coloración gris metálico" (que no le resultó sencillo, pues todo lo que observaba era el proceso consiste en: que esa criatura subacuática "salía a flote" únicamente para "ingerir" a la serpiente por un periodo de aproximadamente dos meses, para luego "regurgitar" al reptil intacto, procediendo inmediatamente a realizar el mismo proceso con otra criatura de la misma especie) y los efectos del "líquido" que lo recorría en el suelo adyacente a él, podemos concluir que duró dos años para, a duras penas, concluir las respuestas de sus cuatro

interrogantes:

1.- Las acciones de las serpientes sí eran en un inicio "reacciones sensoriales" (después de un tiempo, aparentemente las serpientes comenzaron a sentir "recelo" del "humo negro" y comenzaron a huir despavoridos de él cada vez que lo observaban en la superficie o cuando "percibían" que el roedor estaba cerca)

2 y 3.- Después de pensarlo detenidamente, el pequeño roedor llegó a dos posibles conclusiones, después de presuponer que "el río negruzco" era algo opuesto al "humo negro", y que estos dos, eran distintos al "destello blanco", tanto en su origen natural, como en las cualidades que le atribuían a las cosas, pero que podían causar efectos semejantes.

Lo anterior lo llevó a asumir que:

1.-Entre "mayor era la diferencia entre la concentración de "humo negro" utilizado, y la "densidad de la sustancia que conformaba al río negro" el efecto de atracción entre ambos causaría una reacción que concluiría en la "liberación proporcional de energía" a la diferencia escalar de ambos. Sin embargo, como el "humo negro" que fungía la función de ser una "capa" no estaba liberando en "forma de energía", sino que se le había dado un "estado físico", no reaccionaba de la misma manera que la liberación "natural" del humo negro (cosa que confirmó mientras estaba dentro de un pez, observando detenidamente el comportamiento de una muy estresada serpiente por su presencia en ese inesperado lugar, a la cual, utilizó de "detonador" para corroborar su hipótesis, casi muriendo ahogado en el proceso y siendo salvado por el simple hecho de que el agujero que le hizo al pez, por medio de la explosión, fue lo suficientemente grande para que pudiera salir... y porque lo hizo antes de que revasaran los cinco metros de profundidad).

2.- Aparte de liberar el "humo negro" como "energía pura", y moldearlo para que tuviera una "forma tangible", también se podía utilizar para "generar" fuego, o incluso otros fenómenos naturales, siendo esta cualidad la que le permitía incendiar a las criaturas, sin necesidad de que estuvieran "humectadas" por el agua y que, en cambio, el motivo por el cual las serpientes podían ingresar al cuerpo de los peces sin verse afectados por los jugos gástricos, era por el "recubrimiento" de una sustancia parecida a la del "río negruzco" que generaban naturalmente, y que, al entrar en contacto con el "humo negro" convertido en fuego, acrecentaba los efectos de éste, dándoles una mayor vulnerabilidad a "los fenómenos naturaleza" creados por él. Teoría que le resultaba más factible, pues ya había corroborado que sí podía generar fuego, sin necesidad de tener a una serpiente como "detonador" y que, la llama creada por el "humo negro" no perfora ni profana un escudo hecho con esta sustancia,

en una situación "normal".

4.- Sí existía algo perceptible para la serpiente, pero, que, dada la estructura fisiológica de sus ojos, el roedor no podía apreciar (siendo esta la primera situación que despertaría los sentimientos de "envidia" e irónicamente de "respeto" en un mamífero que estaba desarrollando sus capacidades intelectuales), cosa que probablemente era la "forma inactiva" del " humo negro", siendo ésta la que parecía no reaccionar con el "río negruzco" de forma agresiva (fenómeno que se puede confirmar, si se considera que jamás obtuvo una reacción perjudicial cuando no usaba el "humo negro", sino que , por el contrario, le resultaba benéfico), situación que lo llevaba a asumir que la alimentación de ese ofidio no dependía esencialmente de cuanta carne consumía, sino de la "cantidad de "humo negro" obtenido", cosa que explicaba a su vez la relación simbiótica entre el reptil y el pez (al cual, probablemente le resultaba tóxico tener un exceso de éste último en el interior de su cuerpo y requería que la serpiente lo devorara). Aunque, parecía ser que, hasta la llegada del roedor, tenían problemas severos para diferenciar a "una forma de la otra", situación que cuasaba su notoria preferencia instintiva por el "humo negro activo sobre el inactivo", pues se veía más "voluminoso".

Después de haber dedicado muchos años a su "obsesión" por comprender ese pequeño "ambiente natural"; el roedor empezó a desarrollar una especie de "consciencia moral" con respecto a "la cacería y experimentación" que realizaba en ese lugar y los daños colaterales que estaba causando, al observar el cómo la cantidad de serpientes y peces estaba disminuyendo severamente; motivo causal de que el mamífero se retirara de esa zona, en busca de obtener más "conocimiento en otra parte", mientras el "río negruzco" volvía a su "estado original" (hablando de las cifras de fauna existente).

Convenciéndose finalmente de la imperiosa necesidad de este acto, al señalarse su deseo de "dar con el paradero" de otros miembros de su especie (pues creía que estar en un "grupo donde exista mutua dependencia" le daría más posibilidades de sobrevivir tal como ocurría con las serpientes y los peces gigantes antes de su llegada), decidió cruzar al otro lado del río (cosa que le tomó horas, pues tuvo que recorrer poco más de quince kilómetros), mientras confirmaba que las serpientes huían despavoridas al sentirlo cerca.

Una vez lograda su travesía, tomo un poco de agua tras recuperar el aire y continuó avanzando de forma perpendicular al río, despidiéndose del lugar sin deseo alguno de volver

Este breve y efímero proceso ocurrido en las cercanías del "río negruzco" fue aquel que tornó "la necesidad de Alexandros Dalflavel de adquirir

conocimiento para sobrevivir" en netamente, lo que luego, en los tiempos de la gran Ciagre sería conocido como "filosofía".

Capítulo 4

Tertius gradus.

A lo largo de su vida, al roedor le veremos pecar de ser "recalcitrante" ó terco en cuanto a sus decisiones, independientemente de que estas se aproximen más a hacerle padecer un "infierno en vida"; incluso de las formas más ridículas y banales; pese a ser consciente de que existen mejores opciones.

Ejemplo claro de lo anterior es que, pese a que han pasado dos días desde que se alejó del "río negruzco" el desgraciado mamífero se niega a regresar (indolente a las súplicas mudas que le hace el subconsciente, por medio de los fugaces comentarios habituales que surcan nuestras mentes, en su incauta búsqueda de que nos redimamos ante lo que, concideramos lo más adecuado), pese a que su garganta le escuece de una forma terrible y su cuerpo empieza a perder la masa muscular que había obtenido al estar devorando a "las serpientes albinas".

Es mas, ¡Incluso ha intentado resolver su predicamento actual de una manera peculiar!

El pequeño mamífero, siguiendo la lógica de que, si su "humo negro" le sirve para "depurar" el agua y le permite crear llamaradas; entonces debería de serle posible generar agua, pues, al igual que con el fuego; él se siente lo suficientemente conocedor de todas las "sensaciones que ésta involucra".

Motivo por el cual, en estos instantes vemos ésta fascinante, peculiar y aberrante imagen, tras dos horas de constantes esfuerzos:

Un charco magníficamente extenso, hecho de "una especie de costra rojiza"; el mamífero destellando de blanco, jadeando, sintiendo algo extraño en los ojos, con la nariz tapada y un terrible escozor en su cuerpo.

Sintiendo el cómo su orgullo era profanado por esa peculiar sensación de fracaso, el roedor finalmente se resignó, dos horas después de la aparición de los síntomas; observó aturdido a los lados, deseoso de encontrar alguna fuente de agua y sintiéndose, como consecuencia de lo que apreciaba, terriblemente desdichado.

Avanzó aturdido un par de metros, buscando alejarse de esa terrible abominación, cuando de pronto, presenció una figura amorfa, que cada vez crecía en tamaño conforme se acercaba, que al inicio, no despertó en su ser otra sensación, más que la pura apatía, hasta que, una fugaz y

macabra idea surgió en su mente.

Incapaz de moverse a causa de su agotamiento, el pequeño roedor se recubrió del "humo negro" y esperó al inminente acercamiento de "ese ser desconocido", sin sentirse presa de esa extraña criatura, que él creía que lo buscaba cual incauta "serpiente".

Su corazón latía con velocidad frenética, sus piernas se movían extasiadas y sus labios delgados se veían profanados por su lengua, que les humedecía, en cuanto su mente vislumbraba esa imagen; aquella imagen, que tanto había disfrutado presenciar días atrás: Una jugosa presa.

Pasaron tres minutos y por un segundo vio una sombra que se cernía frente a él, a través de una pequeña abertura que dejó para sus ojos, ante lo cual, esperó a sentir el más mínimo rastro de dolor, para convertir en "fuego" su "humo negro", situación que nunca pasó, pues la criatura, en vez de intentar devorarlo, optó por saltar a "el charco".

Aturdido, frustrado, apreciando el cómo su comida se arrebataba su vida al saltar a esa cosa extraña (que se sentía tan cálida como "la mancha gris"), mientras su cuerpo se sometía al cansancio, momentos después de que el éxtasis y la euforia del momento se disiparan junto con sus malestares; al final, de forma anticlimática, se quedó inconsciente, aún recubierto por "el humo negro".

Momentos más tarde, sintiendo una terrible jaqueca (comparable a la cruda), el roedor abrió los ojos de par en par, tras sentir una extraña humedad por debajo de su cuerpo, líquido que apestaba terriblemente, pero que, en medio de su desesperación, optó por beber, descubriendo que sabía algo salado y bastante amargo.

Tres minutos después descubriría que probablemente era la orina de un extraño animal (parecido a lo que hoy en día conoceríamos como un "lagarto de cuello volante" y del cual, si hubiese observado con más detenimiento, tal vez vislumbrase que, en vez de ser "humo" lo que rodeaba su boca, era un ligero destello rojizo alrededor de sus dientes) que se estaba alimentando de los restos de la otra criatura que se lanzó al "charco" (el cual, inerte, estaba ahí, negro hasta los huesos, cubriendo lo que ahora parecía una costra grisácea); sujeto al que, en cuanto vio, quemó hasta estar seguro de que había muerto con el "humo negro" y luego, simplemente le devoró.

Sintiéndose ligeramente satisfecho, el roedor optó por beber todo lo que pudiera del líquido amarillo y partió de nueva cuenta, mientras el "destello blanco" se encargaba de mantener estable su frágil sistema digestivo.

Doce días de prolongado sufrimiento, en los cuales, se fue tornando más habitual su encuentro con "escarabajos de cuerpo perlado" y con "lagartijas de cuello redondo" (como él les llamaba) y por ende, su tendencia a la dependencia del "humo negro", pues, cuando lo usaba ninguna de las dos especies le veía; finalmente rindieron frutos, cuando, al atardecer del último, lograría llegar a un lago cristalino (que no explotaría en su rostro al usar "humo negro" para beber de él), encontraría, sea dicho de paso, a más "lagartos de cuello redondo"; criaturas que le fascinaría descubrir que arrojaba un líquido tóxico, percibían a sus presas por el "calor que emitían" (cosa que confirmó al presentarse ante ellos usando y dejando de usar el "humo negro", dejando una mancha de éste, creando fuego y apreciando sus diversas reacciones); cuyos dientes destellaban de diversos colores (nunca de negro, plateado ó dorado) al momento de comer (fenomeno que comparó con su emisión de "humo negro") y que se alimentaban de un gigantesco insecto, bastante parecido a los escarabajos, pero casi tan enormes como el lagarto; que al igual que él, solían emitir destellos de colores (nunca de una tonalidad roja, azulada o blanca) al encontrarse amenazados; que a su vez, al parecer se alimentaban de las "plantas dentro del agua".

Veintisiete años más tarde, habiendo entendido de forma general el funcionamiento de esa zona y temiendo volver a repetir su antiguo error de "sobre cazar" a ambas especies (empero, dejó a la población inicial de 527 de "lagartijas de cuello de volante" en 298 y diezmo la población de escarabajos); se dio a la fuga del lugar, deseoso de encontrar una nueva zona que aún conservase vestigios de vida.

Este fue el primer acercamiento que tuvo Alexandros con el valor máximo que le representaría por toda su vida (y el cual, siendo el eje central de su conducta, acabaría por ser la causa de la mayor parte de sus problemas):

El honor.

Esta sería, además, una de las muchas anécdotas que se llevaría a su tumba y que, en un futuro demasiado distante, tendría en su mente como "el inicio de una serie de recuerdos indecorosos".

Capítulo 5

Quartus Gradus

Como bien recordaremos, nuestro querido roedor, había descubierto la utilidad de ingerir ese grotesco líquido amarillo (no sin sentirse extrañado por ese aberrante hábito, que, su entidad racional idolatraba al encontrarlo práctico, pero que su ente instintivo lo tachaba de "aberrante") y, en vista de que era realmente difícil encontrar alguna zona con altas concentraciones de agua (ya fuese cristalina ó negruzca), se vio obligado a continuar con su práctica, aprovechando cualquier charco que se encontrase por el camino para calmar ligeramente su sed (pues de momento sus intentos infructuosos de crear agua lo habían desmoralizado terriblemente y veía más práctico usar el "humo negro" para depurar a esa sustancia), hasta que finalmente encontrara algún lago; búsqueda que tardó un par de semanas más en rendir frutos.

Naturalmente, nuestro querido roedor no desperdició nada de tiempo, pues en ese lapso, él continuó generando nuevas estrategias para cazar a los "reptiles gigantes" que encontraba, recopilando información relacionada a sus peculiares hábitos o características.

Ejemplifiquemos lo anterior señalando sus "tácticas" creadas para depredar a cierto reptil de gran tamaño, cuyo cuerpo cubierto de plumas oscuras y de cuero grueso, le resultaba apetitos. Esa criatura, fiera cazadora (aunque poco "rugidor" afirmaría en un futuro el roedor, cuando fuese reconocido como "Alexandros Dalflavel") que tenía la costumbre de perseguir los espontáneos resplandores de "luz" que recorrían el cuerpo de cualquier ser vivo (como luego lo harían las gallinas de Onobrac, cuando buscaran gusanos en la tierra ó para encontrar granos en el suelo), o vigilar atentamente el movimiento del "humo negro" (que parecía temer, a diferencia de "las serpientes albinas").

Encontrándose ante un individuo que, por naturaleza no tenía la reacción habitual a sus presas (que se veían maravilladas o apáticas por esa sustancia, a la que era tan dependiente), optó por roer sus piernas hasta que sangraran, forzando la manifestación de la "luz blanca" y esperando a que esa criatura lo intentara morder, para luego manifestar "el humo negro" alrededor de su cuerpo para protegerse, llenar la parte más próxima de la boca del reptil e inmediatamente prenderla en llamas; para luego, aprovechando la confusión, proceder a rodear esa pequeña parte de su cuello donde se encuentra el esófago y la tráquea, privándolo de respirar y finalmente observar los movimientos desesperados del reptil.

Dada la naturaleza de esta terrible estrategia, nuestro querido mamífero casi fue asesinado esporádicamente, cada vez que perdía su columna vertebral, permitiendo la sutil construcción de la misteriosa paradoja, de

que, a su parecer era "muy divertido depredar al ser que fácilmente lo podía matar". Particularmente empleando ese método obnoxio.

Otra extraña criatura a la que se encontró fue a un reptil relativamente parecido al saichania, cuyo duro caparazón le resultaba realmente difícil romper y que, por alguna razón, no lograba que se inmutara con los aumentos en temperatura (a menos que comenzara a calcinar su tejido, cosa que le repugnaba dado el horrible sabor que dejaba) de forma apreciable para el roedor, motivo por el cual, ardido, optó por asfixiarlo, bloqueando sus vías respiratorias, al "endurecer" el humo negro alrededor de su rostro. Empero, no duró mucho haciendo esto, pues era tedioso, motivo por el cual prefirió intentar derribar a esa hermosa criatura, para luego calcinarle el cuello, mientras se retorció desesperado, tras varios minutos de constante lucha.

Para lograr comprender un poco mejor la conducta del roedor, tenemos que recalcar un hecho peculiar:

Nuestro animal comenzaba a sentir los síntomas del aburrimiento.

Si bien es cierto que, a grandes rasgos, hemos visto el desarrollo de un maravilloso sentimiento de curiosidad y el cómo nuestro mamífero ha progresado en el entendimiento de un fascinante mundo que constantemente le incentiva a continuar buscando explicaciones a todo lo que apreciaba empíricamente, bajo ningún motivo podemos decir que esto puede satisfacer la totalidad de ese vacío habitual que se posee inherentemente de la capacidad de "razonar"; el cual, se suele ocultar en un mar de apatía.

Como se podrá imaginar, mi apreciado lector, estas acciones peculiares que repetía constantemente nuestro roedor, no eran causados por un seguimiento lógico de pensamientos racionalizados; sino que, él simplemente, buscaba estímulos emocionales.

De cierta forma, esta es la primera vez que se practicó un deporte:

La cacería.

Capítulo 6

Quintus Gradus.

Narremos hoy la historia del maravilloso encuentro con "las aves carroñeras" que tuvo nuestro querido roedor.

Como se había comentado con anterioridad, la travesía de nuestro querido roedor estaba dirigida a encontrar alguna fuente de agua, logrando finalmente su cometido, cuando encontró ese extraño cañón que se veía rodeado por un extraño domo irregular; que a su parecer era una paradoja su sola existencia, pues no le encontraba sentido a que, pese a que estaba cubierto de un "polvo negro" parecido al que se había creado cuando hizo "la costra rojiza" la luz le traspasara como si esto no fuere impedimento real; casi como si no existiere, creando una imagen inusual, que tardaría en lograr explicar, dado que aún no existía como tal el concepto de "luz", mucho menos el término "interssäumlicht" (término que Alexandros llamaría "un mal fonético necesario") para definir la alteración que puede causar una barrera no metálica de partículas supercargadas de maná en un espacio determinado, mientras se realiza un "proceso de depuración espiritual" (digamos, por ejemplo, la acción habitual que realiza nuestro roedor al beber agua); con relación a la refracción de la luz vista desde el exterior, que simula pues, un efecto parecido al de "los espejos en las comisarías" (con la peculiar diferencia de que, en vez de reflejar, se crea la ilusión de que se está viendo una figura negra porosa).

La extraña forma del domo puede ser descrita con sencillez si le comparamos con el caparazón de una tortuga, teniendo una amplia apertura que encontró el roedor tras caminar por medio día, casi cuando el crepúsculo se mostraba en su máximo esplendor y le mentiría, mi lector, si le dijera que nuestro roedor no se sintió embelesado al observar ese exquisito panorama, donde no sólo los lagos cristalinos y las copas de los árboles se sometían al color azul pálido que lentamente descendía sobre la tierra de Onobrac, al igual que como lo hacía el blanco sol; sino incluso esas maravillosas flores que rodeaban la entrada, teniendo un color opalino en sus pétalos, tan finos y peculiares, que, si tan sólo hubiere encontrado ese lugar dos horas antes, hubiere visto el efecto acuático que tenían al ver refractada la luz en ellos.

Naturalmente, como todo tiene algo bueno (un hermoso ambiente, animales carnívoros exquisitos para cazar y varios herbívoros que no le interesaban por su escasa capacidad de ser "un verdadero reto") había algo que repudiaba:

Eso era, en esencia, que los cuerpos de sus presas eran transgredidos por unos extraños pájarracos de gran tamaño; que se volvía cada vez más

habitual que encontrara conforme se acercaba a un lago que ubicó dentro de ese hermoso cañón (aquella "gran fortaleza") que fácilmente se prolongaba por más de un centenar de kilómetros y que, por convenciencia y orgullo, decidió no abandonar; aparte de que, con relación a esas aves, no podía sentirse más que indiferente; o en el mejor de los casos, la conducta obnoxia de esos grotescos animales cuadrúpedas sólo lograba despertar en el un iracundo odio. ¡Cuánto le repugnaban esas aves "carroñeras" de gran tamaño! ¡Si querían comer que cazaran! ¡Razón de más para que su apatía generalizada hacia esa especie, nunca cesara!

Empero, esas aves no lograban disminuir su deseo de entender el ecosistema donde se encontraban múltiples especies de reptiles (especialmente las que comían carne eran divinas, pues eran las únicos que devoraba, dado que los demás no presentaban un "reto" verdadero), desde aquellos que tenían un cuello gigantesco que utilizaban para alimentarse del follaje de un hermoso roble, a los que tenían un "innecesario círculo con picos" en la cabeza (que él creía era más que nada para atraer pareja y no tanto para algo práctico) ó incluso, enormes criaturas de manos cortas, gigantescas piernas, feroces e interesantes de depredar (que brillaban ocasionalmente, al igual que los escarabajos, pero no para defenderse, sino que para "fortalecerse" y facilitar su cacería); además de insectos enormes, algunos que volaban, otros que incautos se acercaban al agua, de la cual no volvían a salir; pues eran devorados por esos extraños peces que brillaban cual luciérnagas en el agua y sacaban la cabeza tan sólo para alimentarse.

En fin. Ante todas estas maravillas, el roedor toleró a las aves y decidió vivir ahí, por un largo tiempo, pero, llegado un punto en que estos desgraciados, cada vez más osados, astutos y menos escrupulosos (alimentados por 45 años de "negligencias" otorgadas por el roedor) para intentar devorar su comida (pues hoy ya hemos llegado a un punto en el que alejaban al mamífero de su comida, al agitar furibundos sus alas frente a él), nuestro querido roedor los comenzó a envolver en "humo negro" para quemarlos; fracasando habitualmente en darles muerte, pues las arrogantes aves se envolvían a su vez en una especie de "capa trasparente" que prevenía la transgresión del furibundo fuego (estrategia desarrollada al observar las tácticas del mamífero y ponerla en práctica en repetidas ocasiones, como maniobra para distraerlo, mientras los demás comían) ¡Y lo que era peor! Esos cretinos parecían burlarse de él, hasta el punto de que uno le trató de picar, embriagado por un sentimiento de superioridad; momento que, viéndolo venir, nuestro roedor comenzó a mover su pierna extasiado y tras sentir su espera finalmente recompensada; rodeó su grotesco ocico, su rostro que tenía esa ridícula cresta por encima y la parte que alcanzó de sus sucias alas lampiñas; aquellas irritantes partes del cuerpo que usaban para volar (medio habitual de escape que empleaban y que, muy en su fondo realmente envidiaba), esa "horrible" fuente de "repugnantes" artilugios; fueron las primeras que hizo explotar, causándole un terrible dolor a la

feroz ave, cuya confusión amortiguada por esa terrible sensación de escozor lo hizo correr por todos lados, buscando serenar su sufrimiento, el cual, sólo finalizó cuando nuestro querido roedor le estalló su cabeza, momentos antes de que se alejara mucho de él.

Naturalmente, un ave cuyas alas fácilmente medían doce metros y que, parada alcanzaba el alto de una jirafa, muy difícilmente vería como un "riesgo" el intentar aterrar o matar a un animal cuadrúpedo que difícilmente le llegaba a su pecho, si se le comparaba con las otros especies de reptiles que fácilmente eran más grandes que ellos y que, si bien ésa extraña criatura podía matar; nunca los había logrado herir y por ende, nada pasaría si le hacían algo. Si a esto le sumamos la ausencia de noción de lo que es la "muerte" y la inherente confusión que causaba el ver a un sujeto correr sin cabeza; resulta comprensible el siguiente escenario:

Las aves furibundas se arrojaron sobre nuestro querido roedor.

El primero de esos pajarracos intentó pellizcar con su pico la larga cola del roedor, mientras ignoraba el "extraño humo" que expedía su cuerpo, hasta que lo sintió alrededor de sus ojos y cayó inerte, segundos tras intentar "comandar al viento para que le protegiere", mientras el segundo lo hacía con su cara, el tercero con su pierna y el cuarto con su cadera, teniendo todos el mismo resultado que el anterior.

Naturalmente, si hubiésemos estado en ese glorioso momento de justicia poética (donde los pajarracos que se robaban su alimento, ahora serían el suyo), pudimos presenciar una maravillosa explosión (que dicho sea de paso, dejó a nuestro querido roedor gravemente herido por unos minutos, en las zonas donde lo estaban picoteando, quedando al final, con su cola amputada, sin piernas, con varios órganos de fuera y su cabeza sin ojos, boca u orejas) resultante de la aplicación de uno de los "principios generales de interacción entre energías", descubierto formalmente (pues Alexandros nunca dio a conocer esta información) por Nicolas Léonard Sadi Carnot, Antes de la Guerra de las Grandes Razas y, redescubierto luego por Effyís, Tras la Guerra de las Grandez Razas:

"Sí el maná fue procesado y se usa en un cuerpo que posee energía espiritual sin procesar (si esta última es superior), el maná será absorbido por la energía fantasma, permitiendo así crear un objeto sobrecargado de energía.

Cuando la energía espiritual se encuentre dispersa en el aire, el efecto será el mismo, si se mantiene en un estado puro."

Naturalmente, en este instante Alexandros no lo sabía (ni se le había pasado la idea por la cabeza), por lo que, en esta ocasión, resultó ser una mera casualidad, pues, la hipótesis bajo la que él estaba trabajando es

que, si esperaba un momento a que trataran de picarlo, luego los recubría de humo negro y los trataba de prender en llamas, entonces no tendrían tiempo de reaccionar, lapso que aprovecharía para hacerlos explotar.

Así que no es de extrañar que, mientras "la luz blanca" recorría su cuerpo desesperadamente; dejando que, mientras creaba nuevos órganos, los que ya no servían (o no podían "recuperarse") se "desprendieran y pudrieran a un ritmo acelerado", momentos tras que se desarrollara una fracción de tejido lo bastante grande para suplantar al mínimo sus funciones, mientras la piel se regeneraba y su cuerpo se sometía a una "calcinación interna" (que habitualmente acababa por volver a destruir la piel) con el fin de "esterilizar los tejidos".

Al final, nuestro roedor se sometió a este sufrimiento por quince extensos minutos (los cuales comenzaron cuando su sistema nervioso regresó (para su fortuna ocasionalmente no sentía nada en ciertas zonas), a los pocos segundos de que casi muere), en los que, cada determinado tiempo volvía a sentir que se sofocaba o que su corazón se volvía a detener, y que terminó cuando finalmente finalizó esa desagradable "sensación incómoda" en sus cuencos oculares.

Sintiéndose exhausto y hambriento, nuestro amigo devoró a las aves, dejó a su presa inicial de lado, se aproximó al lago, bebió por un prolongado rato y se fue al otro extremo a dormir.

Aquí podemos presenciar la primera manifestación del deseo de vengarse y la primera vez que el roedor se ha arrepentido realmente de algo.

Capítulo 7

Sextus gradus.

¡Hay, cómo me pesa! Estimado lector, el no tener la posibilidad de detallarles el día al día de nuestro queridísimo "ancestro común" en el maravilloso mundo de Onobrac, pero, le asevero, que esto es por mera prudencia. Sería tedioso que le repitiese la infinitud de diminutas partículas de conocimiento que ha ido generando con el pasar del tiempo, y es por ello, por lo que hoy vengo a hablarles del fenómeno relevante correspondiente a este paso.

No, aclaro, no es con relación a la creación del agua. Pues esto se logró, 154,375 años antes de los hechos que nos interesan, meses después de que, nuestro simpático mamífero, accidentalmente, hizo electricidad usando el "humo negro".

Tras los 389,548 años que han pasado desde la última vez que vimos a nuestro estimado roedor, hemos llegado a este punto histórico, en el cual, apreciamos a nuestro queridísimo mamífero arrojándose al centro de un volcán en un intento de entender el porqué todos los demás seres vivos mueren al someterse a altas temperaturas.

Naturalmente, esta sería una de sus anécdotas favoritas en un futuro lejano, dado lo aberrante y fascinante que resultaba el hecho de que, si bien no pudo salir de ese "horrible infierno" durante varias semanas, siendo carbonizado, curado y sobre-expuesto a un terrible dolor, que según él, se pudo prolongar por meses, de no haber sido porque, afortunadamente el volcán estalló y se fue flotando hasta tierra firme sobre la lava, aprovechando cada instante en que sus piernas retornaban a ser ligeramente "funcionales"; para intentar tocar tierra firme y huir.

Como se podrá imaginar, dada la tendencia de éste mamífero, él repitió susodicho acto unas cuarenta veces más a lo largo de su vida. Empero; al final, nunca comprendió el fenómeno conocido como "morir" haciendo eso, mucho menos lo entendió, dos años más tardes, cuando se arrojó desde un barranco y quedó a la deriva en el océano por cinco años (aunque sí que supo lo que implicaba verdaderamente el "estar ahogándose", lo horrible que se sentía su ridículo intento de "evaporar el agua usando el humo negro" (que más que ayudarlo, lo dejaba exhausto); y lo tremendamente difícil que era comerse a un pez, mientras el agua le arrastraba); ó de esa ocasión en la que se utilizó de cebo para comerse a un "megalodón" de ojos azulados (célebre especie confundida habitualmente con su lejano pariente, que tardaría unos 63 millones de años más en aparecer, diferenciándose por el leve resplandor que se manifestaba en sus aletas pectorales, en lugar de su tronco; además de

medir casi el doble), al cual mató "transformando" el "humo negro" en "electricidad".

Como sería de esperarse, nuestro roedor también quedó seriamente dañado, demorando un par de minutos en recuperar la capacidad de sentir dolor; y algo extasiado por encontrarse con la sorpresa de que algunos peces estaban flotando inertes a su lado.

Pasados los cinco años en que estuvo divagando en los océanos, él simplemente continuó con su camino, continuando demostrando ese comportamiento anómalo que le ha caracterizado desde el hace el paso número tres.

Como uno se podrá imaginar llegado a este punto, nuestro querido mamífero es un ser peculiar cuya homeostasis llega a ser equiparable a la de la hidra, en el sentido de que su "juvenil" cuerpo, si bien reciente los cambios en su alimentación, los efectos de la deshidratación y las habituales molestias por las lesiones; ó el desgaste ó fractura (tema complicado, donde ocasionalmente ha tenido que volver a romperse para hacer que solden adecuadamente) de los huesos; siempre logra una regeneración y restitución casi perfecta de sus tejidos, tomándose, por lo general, un lapso máximo de treinta minutos para lograrlo.

Naturalmente, ésto es así, si no se ve sometido a situaciones estresantes (como ya hemos apreciado, en este supuesto su cuerpo busca la regeneración inmediata, a costa de un desgaste abusivo (pero, que paradójicamente requiere menos energía que la de nosotros, simples mortales) en los nutrientes que posee y por ende, en su "inalterable" (en el sentido de que él es inhábil para, de forma consciente, explotarla) fuente de maná) que acaban por dejarlo exhausto.

Las excepcionales diferencias que posee con relación a la hidra, es que el roedor realmente no puede morir; no incurre en la posibilidad de la clonación y bajo ningún motivo se puede reproducir asexualmente.

Como asumo, en los pasos anteriores, uno podrá haber inferido que, la misteriosa luz que recorre su cuerpo con habitualidad, es una especie de "catalizador", cuya función ha sido únicamente la de mantenerlo vivo; ó evitar su deterioro a un nivel molecular, lo cual lleva a nuestro estimado ser, a ser inmortal... Empero, esto no puede catalogarse como "la realidad".

Digamos para entenderlo mejor, que la aseveración anterior es una "falacia del falso causal post hoc ergo propter hoc", pues la realidad es adversa a los hechos contemplados ante esta casi nula información empírica que poseemos.

Permítanme explicar el porqué no es la realidad:

Si habláramos en un ámbito extensivo, podríamos darnos la posibilidad de caer en el absurdo de aseverar que todo ser vivo de Onobrac (pues todos poseen Chi) tiene la posibilidad de vivir indefinidamente; cosa que no ocurre.

De cierta forma, el Chi es la "energía más aberrante de Onobrac" (título que le atribuiría el "padre de la genética" Gregor Johann Mendel), y la que le podemos dar el grotesco nombre de "Caprichosa" (como le llamaría, en su debido tiempo, el biólogo Charles Darwin), pues es la que mejor reacciona a los estímulos psicosomáticos de los seres vivos, y la que rige de una forma general, el proceso evolutivo de una especie, y de forma específica, la adaptación individual de un ser, en un ecosistema ó a sus características individuales, como la concentración general de "energía espiritual" (término empleado por Platón, para referirse a lo que Efyis llamaría "energía fantasma") en el cuerpo.

A causa de lo anterior, podemos inferir que, Alexandros no es inmortal porque "el destello blanco lo mantenga vivo", sino que, es "inmortal" porque en ese sentido van enfrascados los "estímulos emocionales" que el roedor "le da al Chi que reside en su ser" y porque su cuerpo, dada la constante tensión cíclicamente "perfecta" entre su "energía fantasma" y su "maná", le permite el explotamiento constante de un casi inacabable caudal de energía potencial que facilita la fabricación de nutrientes (proceso biológico inconsciente que realiza nuestro simpático mamífero, usando el "maná" de su cuerpo). Claro, como ya se habrán imaginado, no es algo necesariamente "imperturbable" ó "que se puede extender indeterminadamente" si dejamos abierta la posibilidad de que "el cuerpo no se adapte al medio ambiente, o incurra en cometer el terrible y fatal pecado de no causar en su interior, una serie de cambios constantes para asegurar su supervivencia"; pero le asevero, estimado, que esto no ocurre, pues el estado de las células de nuestro queridísimo animal "pensador", son increíblemente inestables, dados los constantes cambios a los que se somete su cuerpo a nivel molecular (incluso, Antes de la Guerra de las Grandes Razas, (en ese divino periodo donde la ciencia había progresado al grado en que, sin necesidad de utilizar atroces cantidades de energía, se podían cosechar, de la atmósfera, hasta 500 litros de agua por hora, con tan sólo presionar un botón) continuaría siendo un misterio el cómo un organismo tan complejo puede existir) al grado en que, podemos decir que, el ADN que ha heredado cada Dalflavel que desciende directamente de él, es distinto.

Ahora bien, dejando de lado el desarrollo teórico y científico del Chi, vayamos a los que nos llama en este paso.

Esta conducta irracional, de la cual nunca se pudo librar que; empero, no se ejecuta porque el roedor es consciente de su inmortalidad (pues esto

no lo logrará entender del todo hasta dentro de otros 1,456,327 años, cuando empiece a convivir con otro ser), si no por el reflejo de su entendimiento de un principio fundamental, que inconscientemente los demás seres racionales irían desarrollando a través de millones de años:

La racionalidad conlleva inherentemente a la sensación de atracción al riesgo, al dolor, ó de forma general; a la sensación de euforia que acarrea la supervivencia a la muerte, al ser uno de los pocos estímulos irracionales que no puede superar el ser racional.

Capítulo 8

Septima gradus.

Digamos, mi querido lector, que a veces resulta esencial para poder sobrevivir en un entorno salvaje, una apatía generalizada hacia el prójimo.

Sí, es inevitable desarrollar una moral; claro, es imposible cesar el progreso del intelecto y es, pues, inalienable el simple hecho de obtener una consciencia de que se existe, de que siente, de que percibe, de que aprecia, si nos vamos al extremo en que refutamos todo aquello que es inherente a la razón, como algo innato... pero, ¿Acaso no es el desarrollo de todo ésto un proceso solitario?

¿Qué ocurre pues, con la parte que procede de la interacción entre individuos? Excluyendo emociones vagas como el terror, el amor, el deseo sexual, la tristeza o el dolor de perder a alguien, que son pues, aquellas cuyo origen está en la irracionalidad del ser y no en el desarrollo racional, podemos decir que resulta cuestionable su relevancia, para el primer ser pensante de Onobrac, y que esta indeferencia absurda (en el sentido de que resulta contradictoria su simple existencia en un ser cuya naturaleza se traduce en un ser social) no es más que una consecuencia de su imposibilidad de encontrar a otro individuo con el cual entablar diálogo.

Empero, no es que nuestro roedor no hayase intentado, sin esperanza de éxito, dialogar con los gigantescos reptiles o con las aves en algún punto de su vida, sino que la constante negativa y la ausencia de un proceso inteligente de convivencia con ellos le ha llevado al punto de perder su interés y a lo mucho, tratar a uno que otro animal como una simple "mascota", como le reconocemos hoy en día a esos simpáticos seres que nos acompañan y que consideramos, son nuestra "propiedad" (suceso que consideraría adecuado para ser el séptimo paso que tiene la razón, pero su origen no lo atribuimos en este texto como un suceso racionalizado hasta después de la interacción real con individuos, sino pues, como un fenómeno que, incluso cuando se confrontaba con los gigantescos Quetzalcoatlus para que no le "quitaran" su comida", carece de una explicación racionalizada de parte de nuestro mamífero, fenómeno que acaba por caracterizarlo, aún, como un suceso "vago"... "impulsivo" si desea llamarlo así, más no "racional").

Llegado a este punto, finalmente nos vemos obligados a progresar mucho tiempo después de la última vez que vimos a nuestro querido roedor. Tras los 1,456,327 años de los que hablábamos hace un capítulo, finalmente los ha encontrado.

No son iguales a él, pues sus cuerpo son más delgado, sus rostro menos afilado, su pelaje café, blanco o manchado, sus dientes distintos, sus ojos cafés, azules o verdes, y sobre todo, unos completos idiotas.

No me mire mal, pues yo sólo estoy aquí para describir lo que él sintió, aquel día, en que vehemente ante los alaridos desprovistos de asilo que escuchó a las cercanías, y al ver a ese gigantesco reptil, bastante parecido al dragón de comodo, atacar a unas criaturas peludas; nuestro mamífero decidió auxiliarlos, al morderle la cola al reptil, canalizar el humo negro en sus colmillos, moldearlo como una especie de clavo en ese punto y amplificar una corriente eléctrica en esa delgada capa.

Aclaro. Nuestro querido mamífero no fue tan amable con el "reptil negro", sino que lo electrocutó por un largo tiempo, observando sus contorciones musculares y sintiéndose fascinado por sus ligeros cambios al reducir o aumentar su fuerza, de lo cual, usted ya puede inferir de qué carácter eran las severas miradas de sus prójimos, que se quedaron observando estupefactos la escena.

Brinquemos unos minutos en el futuro, ya cuando, habiendo perdido el interés al confirmar la muerte de ese "dragón de comodo", se decidió a mirar fijamente, por primera vez, en aquel prado a las criaturas que salvó, a quienes contempló aterrados, haciendo tontamente una especie de endeble barrera con "sus destellos", muriendo un par de ellos en el proceso al quedarse sin "energía fantasma" y dejando a los otros desprovistos de posibilidades de defenderse, al caer noqueados. Empero, no puedo ser tan cruel como para juzgar a esas criaturas de aspecto ardillesco con tanta dureza, pues un par de ellos no hicieron algo tan extravagante; siendo que una simplemente se le acercó a nuestro roedor, mostrándole el cuello, y otro, como hacen las ratas acorraladas, le atacó, causando que nuestro roedor, confundido, le calcinara el cuello y mirara con recelo a la ahora confundida "ardilla".

Si me preguntara usted, mi querido lector, cuál fue el primer gran paso, de la razón al encontrarse con un ser que pudo llegar a desarrollar la capacidad de racionalizar las cosas, o al menos al visualizar a un ente parecido a sí mismo; le puedo decir con total seguridad que fue:

Considerar al prójimo como un completo imbécil.

Capítulo 9

Octavus grado.

Digamos pues, mi estimado, que en el análisis de la racionalidad, incluso yo, tengo problemas para evitar redundancias y absurdos, pues acaban por excederme... Lo cual ocurre con gran frecuencia cuando hablo de nuestro querido roedor, cuyo progreso se fue tornando cada vez más errático conforme se veía librado de las tradicionales ataduras de los instintos, para recaer en la soberana entidad que nos domina a usted, hombre mortal, y a mí, el antiguo; pero; ¡Ay! Dejémonos de dramatismos innecesarios... Tengo que admitir mi fracaso aquí y ahora... así que le diré que "este paso" es la reafirmación de algo que ya existía en la irracionalidad, pero que dudo que le resulte agradable reconocer.

Digamos, pues, que necesito retroceder forzosamente un poco, por lo que comenzaré desde el momento en que se fue gestando esta ambigüedad, más o menos al instante en que, sus semejantes fueron reconocidos como "imbéciles"; evento que le pido que leamos entre líneas, nos tomemos unos cinco segundos para analizar y luego regresemos al escenario actual, en el cual, nuestro amado roedor, mientras nosotros vivíamos felizmente nuestras vidas; él tan sólo observó durante cuatro semanas el comportamiento de sus iguales...

Lo sé, llegados a este punto se puede presumir que nuestro estimado es un psicópata, que tiene un atroz o abominable trastorno obsesivo compulsivo... Lo cual, no es del todo erróneo, puesto que la secreción de sustancias en su cerebro, gracias al Chi que fluye en su cuerpo, han ido alterándose, de modo que estas afecciones realmente se pueden localizar en su psique... Lo que nos lleva a darle un ligero sentido lógico a las acciones tomadas por él...

...Retomando el hilo argumental. Nuestro roedor observó desde su alimentación (fundamentalmente basada en la ingesta de plantas e insectos) hasta sus rituales de copulación, notando pues, que las "parejas" no existían, pues no eran monogámicas las entidades con las que lidiaba y que... básicamente, todos copulaban con todos, siempre y cuando, claro, el macho lograra sobrepasar a su semejante en una especie de "duelo", que constaba en que uno demostrara que su "luz" brillaba con mayor fulgor que la del otro y por más tiempo, siendo el ganador, por lo general, rodeado por esa "extraña sustancia" que usaban las hembras (bastante parecida a lo que usaban los Quetzalcoatlus para comandar el viento), procediendo a hacer lo que la naturaleza les instruyó a hacer. Siendo éste el contexto, en el cual, una variante de los misteriosos reptiles semejantes a una especie de dragón sin alas cubiertos por escamas verdosas, que, envueltos en los seductores aromas que despedían los machos, se acercaban para degustar un encarnizado festín; aprovechando el ligero

velo de luz que se refractaba en sus escamas, permitiéndoles imitar casi a la perfección al sedoso pasto que se extendía por todos lados; pero, ¡Ay! Hasta lamento su tragedia causada por esa inmunda e incauta característica esencial que tienen todos los entes irracionales cuando confrontan a la bestialidad de un ser que se desarrolla objetivamente y que, en vez de actuar bajo la seducción de un estímulo fundamental como el hambre, actúa bajo el esquema de la ambiciosa curiosidad.

Me temo, que la línea de pensamientos de nuestro roedor le resultará grotesca y que probablemente le hubiere extrañado en un inicio que le describiera el cómo él reducía el humo negro a una mera niebla imperceptible (al ser sobrepasada por los resplandores de los roedores) para nuestros reptiles, o que se "humillara" al permitir que los otros machos opacaran su aroma a jengibre, para que fuera imperceptible, mientras observaba fjamente el ligero "destello ambiguo" que vagamente viajaba por las llanuras, irrumpiendo el balance natural del de las plantas, que parecía moverse conscientes de una inminente amenaza, al subsuelo... Pero eso ha quedado atrás, tal como una pobre triada que estaba en el rincón más alejado de nuestro poco amigable mamífero; quienes fueron descarnados con una sorprendente facilidad habitual para los reptiles y atronante para los animales que ahora se sentían presas, mas no para Alexandros, quien notó que ese evento fue anormal y que, por el contrario, se sentía realizado al encontrar un "nuevo" (si le podemos decir así a algo que ha pasado desapercibido por mucho tiempo) tema de interés.

Le hago una pausa, querido lector. Sí, ya sé que las hago seguido, pero vale la pena hacerlo... Le juro que le beneficiará de algún modo lo que yo, Néa, estoy por aclararle con relación a la reacción de nuestro mamífero:

Y para ello empiezo con esta pregunta: ¿Porqué era anormal lo ocurrido para Alexandros? Bueno... Supongo que, al menos por curiosidad ya se habrá paseado por el diario de Efýis (quien realmente ocupa mejorar su redacción) así que ya conoce otra ley fundamental de la termodinámica de mi galaxia... a medias (si se me permite decirle así)... Por lo que explicaré (a rasgos exageradamente amplios) lo que no saben (ni que tampoco nuestro mamífero sabrá durante los próximos diez años de constante experimentación) y les ahorraré las mutilaciones subsecuentes que confrontó nuestro querido Alexandros para comprobar su hipótesis y todas las muertes (penosas de ver, si me deja decirlo) que él permitió e incitó:

Cuando un ente orgánico energiza su estructura ósea dental con maná no convertido en miasma (energía activa), en un entorno de energía espiritual positiva inactiva (energía pasiva) es entonces que el maná "se nutre" a través de los procesos biológicos básicos (oxidación, respiración etc.) en el área circundante, potenciando la fuerza de los músculos (en consecuencia causando dolor muscular por el sobreesfuerzo de éstos y probabilidades de ruptura, en casos contados (tan sólo ocurridos en

inexpertos, como pasa con las crías); dependiendo de la fuerza del estímulo) y la fortaleza de los huesos utilizados en el movimiento.

Extasiado por el peculiar fenómeno percibido; Alexandros corrió envuelto en su habitual "destello blanco", para embestir al dragón más próximo, mientras al más lejano le envolvía el cuello en "humo negro", para luego calcinarlo, al notar que éste, se disponía a perseguir a sus "semejantes", sintiéndose desilusionado al verlo caer patéticamente y sin demostrar esa fiereza que tanto lo había seducido, mientras que al otro lo liquidó en pocos segundos, sin detectar otra cosa que no fuera extrañeza en la mirada de la criatura, que parecía no comprender las acciones del inusual individuo, que le encajaba sus garras sobre la zarpa que oprimía su cuello y que le miraba con notorio morbo, cuando su consciencia se desvaneció al sentir una especie de "descarga" en su cuerpo.

Al ver caer a sus presas, volteó a ver a sus aterrados "semejantes", quienes seguían huyendo despavoridos, causando que nuestro amigo, creyera que su existencia distaba de esa bola de ineptos.

Luego de éstos sucesos, nuestro estimado roedor se empezó a comportar de forma anómala (paulatinamente), comenzando por convivir con sus semejantes de las formas "vulgares" que ellos tenían, modificando su contorno físico para verse "atractivo" para sus iguales (a través de un proceso involuntario que causaba su subconsciente por medio del Chi) y... empezó a actuar de forma agresiva (llegando a matarlos o separarlos de "su" pseudo manada) cuando alguno de sus iguales trataba de "mandar" sobre él y "premiar" a los que le obedecían; además de tratar de "educar" a los machos", para que usaran "adecuadamente" su "resplandor" (que Alexandros asumía correctamente, que era el equivalente a su "humo negro"); dedicando unos mil doscientos treinta y siete años, que se vieron interrumpidos, cuando la dinámica le aburrió.

Naturalmente, la interacción con Alexandros marcó a la crecida comarca con la que lidió, cuyo sendero evolutivo se había tornado algo prometedor... pero... a la vez decepcionante, pues me mostró que el segundo paso (como especie) que dieron los mamíferos en general, no fue el que yo esperaba. Si no, que se presentó la manifestación de la ingenuidad.

Pero de eso no nos toca hablar, puesto que hablamos del caso particular del roedor.

Así que les contaré el qué causó este suceso:

Para Alexandros este proceso fue una consecuencia de una mezcla extraña entre tres factores:

Por un lado, su deseo de hacer un "experimento" que realizó entre sus iguales para corroborar si podían llegar a desarrollarse a su nivel (siendo ésto un éxito a medias, pues no pudo hacer nada con las hembras (que aparentaban usar una energía distinta), mientras que los machos no lograron jamás llegar al punto de materializar su energía, fuera de formas "básicas" para cubrirse, por dos razones: la falta de conocimientos de Alexandros respecto al tema de la educación y la ausencia de capacidad innata de sus "semejantes"), por otro su interés en demostrarse "superior" a ellos y por último, porque deseaba dominar.

... ¿Hm? Ah. Sí. Si piensas que esta fue la primer gran dictadura de Onobrac, no puedo hacer más que quitarme el sombrero y darte la razón.

¿Qué? ¿Porqué te vez molesto? Bueno. Me disculparás, y claro que estoy de acuerdo en que no es nada bello lo que vemos aquí; sin embargo, mis investigaciones apuntan a esto:

El paso que procedió a dar el ente racional, luego de ver a sus semejantes como "seres estúpidos" (alias: seres inferiores) fue el de "tomar" su lugar, como ser superior; consituyendo así, la primera gran "expropiación" que se ha hecho:

La traslación de "la ley de la selva" al contexto social y por ende, el proclamamiento como "el que está por encima de todos" del ente "objetivo".

Capítulo 10

Énato vima.

Ahora que ya le he hablado a grandes rasgos del paso anterior, ahora procedo a contarle cosas un tanto mejores.

Finalmente el pícaro ángel de las flechas doradas ha visitado a nuestro funesto amigo, tras un combate encarnizado, por allá, en los penúltimos años de su mandato sobre los de su especie, que se dio contra un ser que actuaba peculiarmente, y que, en vez de tener una coloración prudente para los climas templados, que le sirviera para camuflarse o no le dejase un porte tan vistoso, era blanco y se movía rodeada de un halo dorado, que desde su cercanía, transmutaba en un líquido viscoso que dejaba caer al piso, cuyo fragante aroma, seducía a los incautos roedores, que al ver partir al dragón, se acercaron a ese "tesoro olvidado" y se pusieron a comer, sin detectar el ligero sabor amargo que se escondía, para que la clave de la perdición de miles de hermosos ejemplares y de millones de potenciales especies, se fueran allá, lejos, en el centro del vacío.

Mientras las ratas comían, nuestro mamífero, muy prudente, detuvo a una quincena de los que se tardaron en acercarse al manjar y los ahuyentó, mientras él miraba a sus semejantes morir tras escupir sangre, luego de que hubieren pasado un par de horas; periodo que aprovechó para esconderse en un árbol y observar el comportamiento de tan peculiar "dragón alado"; que, incauto, regresó al lugar donde había engañado a nuestros queridos irracionales, para encontrarse con una criatura negra, que al ser vista, le brincó a la espalda metiéndole terrible susto, a la vez que le descargaba electricidad, por medio de la misma estrategia que había usado contra el dragón de comodo; mas no con el mismo resultado, pues nuestra nueva amiga, en vez de sucumbir, con el decoro propio de un ser orgulloso, procedió a forcejear, pese a que sus músculos le suplicaban quietud, logrando al final, derribar a nuestro roedor, al tercer intento y procediendo a mirarlo, atosigada y abatida, mientras un brillo rojizo recorría su níveo porte, sorprendiendo a nuestro estimado Alexandros, que rápidamente fue contraatacado por un potente relámpago que le cayó del cielo, mientras observaba, taciturno, a su "presa".

Ambos seres se miraban mutuamente, una con curiosidad, cuando vio su estrategia fallar, y el otro con estupefacción, cuando el duelo se reanudó y prosiguió, más no de la misma forma que comenzó.

Al inicio, ambos se miraban, como si se analizaran, hasta que finalmente, nuestro roedor le rodeó el cuello de llamas y ella, por su parte, a la vez que sentía que su consciencia se desvanecía, prosiguió a crear un potente relámpago, que de nueva cuenta, nuestro roedor no supo la fuente y segundos tras recuperar la consciencia observó el cómo el dragón corría

hacia él, quién, en un intento desesperado, procedió a rodearse en humo negro, para atacarla como lo hizo alguna vez a las serpientes, mas su plan no funcionó, pues en lugar de recibir el rostro de esa criatura, recibió él, por su parte, una terrible explosión de la que tardó cinco minutos en recuperarse, al igual que su contendiente, que se creía más veloz que él en ese ámbito.

Y así siguió el combate, hasta que las fuerzas los abandonaron a ambos en el momento en que ambos se dejaron caer, cuando sus últimas fuerzas se fugaron junto con los resplandores de sus cuerpos, quedando al final, uno junto al otro.

Si me lo pregunta. Esa batalla, más que ser el encarnizado combate entre dos predadores, pareció más, por paradójico que suene, un ritual de cortejo, donde dos iguales buscaban demostrar su valía.

El paso que siguió a la razón, tan sólo se dio al encontrarse con un igual y temo decir que no fue la rivalidad lo que surgió, si no, el sentimiento de identificación, que con el tiempo se tornaría en amor.

Capítulo 11

Decimus gradus.

¡Desgraciado sea el corazón que traiciona mis progresos en las investigaciones! ¡Y maldita sea la inmundada vista que he tenido!

Lector. He de advertiros de que, por pudor, me negaré a describiros el cómo se da la copulación entre nuestro roedor y la dragona, en este periodo prehistórico (ya usted podrá decirme en un futuro, si desea que le describa este fenómeno, cuando tengan una forma que le resulte (a mí me da lo mismo, pues ambas son igualmente de repugnantes, al grado del estupor que le causa el ver a dos cucarachas en pleno acto) y me tendré que arrojar una excusa del porqué en un futuro estaré omitiendo por completo el siguiente paso de la razón, que procede a éste, y que es el erotismo, por lo que le ruego, no se aterre si ve el titular cambiado.

Pd. Como se imaginará, nuestro queridísimo ratón se largó de la manada de roedores, en un intento por perseguir a la dragona, que al ver con preocupación el cómo la rata posaba el "humo negro" alrededor de su cuello, comenzaba a temer que todo fuera una trampa.

Ahora. ¡Vamos a lo que concierne al décimo!

Como se imaginará, mi estimado lector, hoy le vengo a hablar de la interacción social abierta entre dos seres racionales (ya no me referiré al proceso comunicativo tradicional, tan característico de los animales) y el cómo comenzó a surgir la interacción entre seres, a través de claves complejas (aclarando, que el caso particular es incluso más complicado que el que tiene usted con su perro, o usted con un parlante de un idioma que desconoce, pues aquí el problema se da más que nada por la diferencia en cuerdas vocales y por el hecho de que, el lenguaje corporal para reflejar emociones es muy distinto; por ejemplo: nuestro querido roedor golpetea su pie al estar emocionado, mientras que la dragona ladea la cabeza a la derecha, o que el aura de uno se emanaba alrededor de los ojos (la dragona) para transmitir temor, mientras que el otro lo demuestra al rodear su cuerpo con su humo) pero... Esto incluso para mí, es un tema que me excede... más incluso si quiere que logre definir cuál acción realizada por uno, no injurió el ánimo del otro, cuando no estaba destinada a ello (como la relamida que le daba el roedor a los dientes de la dragona, cuando ésta se los mostraba en señal de amenaza), o cuál, por el contrario, le causó más placer, pese a no ser éste el objetivo (ejemplo claro es de cuando Chronomio (el reptil albino), optó por dormir rodeando a Alexandros, con el fin de tomar prestado su exagerado calor corporal, durante una noche fría)... Así que, para evitarle una lectura tediosa (donde no tengo nada que decir con respecto a algún asombroso descubrimiento científico) tan sólo diré, que la verdad, tras muchos días

de persecución (a veces del roedor, otras de la dragona), milenios de separaciones causadas por los incautos malentendidos entre dos seres que, pese a sentir identificación entre ellos, no lograban comunicarse adecuadamente y millones de años (aproximadamente 33), cuando ambos habían adquirido una forma más parecida a la de un homínido, fue que se lograron dar el tiempo necesario para comenzar la creación de un sistema de comunicación decente, basado en la emisión de sonidos cortos y largos, que representaban, dependiendo de su duración y de si eran acompañadas por una mirada malhumorada (en el caso del roedor (parecido físicamente a una especie de mezcla entre un homínido y un canino), cuyos ojos eran más expresivos) o el azote de la cola (si se daba por la dragona, cuyo cuerpo se asemejaba a un híbrido entre un cocodrilo y un gecko), era una amenaza, una orden, una incitación, o el deseo de procrear (si el roedor comenzaba a montar de la nada, o si la dragona se le subía...).

Este, es pues, acompañado de lo que sería el undécimo, de no ser por mi negativa a narrar lo indecible sin acabar siendo tachado como un fetichista, lo que ha de constituir mi peor fracaso en describir:

El comienzo del proceso de creación del lenguaje utilizado de forma racionalizada, con estigmas de su predecesor (como la preponderancia del lenguaje corporal) y su desarrollo tan lento en su apogeo.

Capítulo 12